

VI

LO QUE DICE EL CORO

*Explanada frente á la iglesia de Torreparda.  
Árboles á los lados: en el centro una cruz de piedra.  
Es mediodía.*

EL ALCALDE. Desde que llegó al pueblo el ferrocarril; se han echado á perder aquí las costumbres. Antes, nadie oía misa después de las diez y aun mucha gente entraba en la iglesia con el alba. Ahora, todo el mundo viene á misa de doce. Y míralas, míralas, qué compuestas ellas. ¡Rediez, y ninguna tiene dos reales!

DIEGO EL ALBÉITAR. Todavía no hay para qué quejarse, una vez que la gente viene; porque, después de todo, más vale sembrar tarde que barbechar temprano.

EL tío TODO. Tiene razón Diego.

EL ALCALDE. ¿Qué ha de tener? Cuando hay

que hacer una cosa, lo mejor es hacerla cuanto antes. Y en estas que rezan con la Iglesia no hay que andar jugando.

EL TÍO TODO. Tiene razón el señor Damián.

DIEGO. Pues bien decía usted el otro día que todo eso de los curas era una monserga y que á usted le tenía sin cuidado el infierno.

EL ALCALDE. Es que esas cosas se dicen entre amigos; pero luego, delante de la gente, hay que hacer lo que todo el mundo.

DIEGO. Más bien creo yo que no debo uno desdecirse ni volverse atrás de lo que ha asegurado una vez, porque lo que has de recoger no lo viertas, y quien desanda el camino, tarde llega á su destino.

EL ALCALDE. ¡Hombre! Sacas unos refranes que no los he oído en ninguna parte. Por fuerza los inventas.

DIEGO. ¿Pero son verdaderos?

EL ALCALDE. ¿Yo qué sé? Mira: por allí viene doña Octavia.

DIEGO. ¡Qué guapa es, y qué buena!

EL TÍO TODO. Es verdad.

EL ALCALDE. En cuanto á guapa, no lo niego. En cuanto á buena, maldito si nos consta.

EL TÍO TODO. También es cierto.

DIEGO. ¡Qué! ¿Sabe usted de ella algo malo?

EL ALCALDE. ¡Como que si lo supiera te lo iba á decir! Lo que sé es que siempre está muy pen-

sativa y que se compone demasiado para ser una mujer que tiene el marido enfermo, y que se pasa las noches escribiendo y que, aunque á don Enrique le asiste como le asistiría cualquier mujer cariñosa, no le mira con el cariño con que debiera mirarle.

DIEGO. Esas bien pueden ser aprensiones de usted, que no todo lo que chilla es carreta y no digas «Conejo he matado» que puede ser liebre.

EL ALCALDE. ¡Válgame Dios con los refranes que ni son tales ni los ha oído jamás bicho viviente! Si se perdiera el refranero no había para qué sentirlo, que, á bien que tú estabas aquí para hacernos otro, largo de talle. ¿No es verdad, señor Joaquín?

EL TÍO TODO. Tan verdad como que aquella es mi mujer.

DIEGO. Es cierto: la muda. Y detrás viene Nicasio. ¡Vaya una cara que tiene estos días! ¿Qué le pasará, señor Damián?

EL ALCALDE. Alguna atrocidad. No le pasan más que atrocidades. Volviendo á doña Octavia, he notado que en la iglesia no se santigua.

DIEGO. Eso sí que es malo. Ni mujer atea ni guiso que no se menea. Pero tampoco es bueno hacer lo que hace el señor Cura, que se pasa la vida rezando. Ese tiene sobre su conciencia algo muy gordo. Porque, si no, ¿á qué venía tanto mortificarse?

EL ALCALDE. No seas mal pensado, que tú bien poco te mortificas y eres un tunante de marca mayor. ¿No es verdad, tío Joaquín?

EL tío TODO. Todo es una basura, mayormente.

DIEGO. Más vale hombre trabajador que burro rezador. Y en eso de tunantes cada cueva tiene su rata, y al que le duele chilla, y en fresnos y en concejos muchas varas se doblan.

EL ALCALDE. Puede ser que se te doble alguna en los cascós. Verás entonces cómo no te quedan ganas de ensartar retahilas.

EL tío TODO. Allí va Juanillo con toda su tropa.

DIEGO. Con toda no, que falta Nicanor.

EL ALCALDE. Ese... Ese me parece á mí que va á dar con sus huesos muy pronto en los calabozos de Hontanera.

DIEGO. Pues ¿qué hace?

EL ALCALDE. Hace... No sé lo que hace. Pero confío en saberlo pronto, y en cuanto lo sepa fijamente, le mandaré atado á la cárcel de partido con una pareja de la guardia civil.

DIEGO. ¿Tiene usted de él alguna sospecha?

EL ALCALDE. Verás. Hace ya más de mes y medio que todas las tardes se marcha hacia el monte. He querido seguirle varias veces, pero como tiene las piernas más ligeras que yo, siempre he concluído por perderle de vista. Lo que más me ha llamado la atención es que siempre lleva un

cestillo con provisiones. ¿Para quién? Esto es lo que me falta averiguar.

DIEGO. Y en todo eso, ¿qué encuentra usted de malo?

EL ALCALDE. Si en el monte no hubiera bribones escondidos, nada. Lo peor es que allí debe encontrarse oculta Nila, y Nila fué quien hirió á don Enrique. Así, el chiquillo ese pudiera muy bien ser un encubridor. Excuso deciros que, como eso se demuestre, le ha caído qué hacer.

EL tío TODO. Difícil va á ser averiguarlo.

EL ALCALDE. A mí se me han ocurrido varios ardides. Uno de ellos consiste en encerrar á Nicanor en el Ayuntamiento y darle una paliza fenomenal hasta que cante.

DIEGO. ¡Qué barbaridad!

EL ALCALDE. He pensado también poner en el monte unos cuantos cepos para que en una de sus correrías se quede allí bien sujeto de una pata hasta que Dios sea servido socorrerle.

DIEGO. Eso me parece mucho peor; porque podemos ir al monte uno de nosotros y pagar culpas que no hemos cometido. De modo que si no tiene usted otros medios de descubrir la verdad, medrados estamos.

EL ALCALDE. Queda otro recurso. Que le sigas tú que tienes buenas piernas y vayas tras él esta noche por el monte. De esa manera podemos averiguarlo todo.

DIEGO. ¿Ir yo al monte de noche? No hay miedo de que ocurra. Quien no las quiera que no las busque, y no será el hijo de mi madre quien vaya á buscar mistos al polvorín.

EL ALCALDE. ¿Tienes miedo? ¿Crees que hay en el monte brujas?

DIEGO. Yo no sé lo que habrá. Pero, por sí ó por no, no he de ser quien se atreva á meterse entre ellas.

EL ALCALDE. Pero ¿crees de verdad en duendes?

DIEGO. ¿No fía usted en los milagros del santo del pueblo?

EL ALCALDE. ¡Qué he de creer, hombre, qué he de creer! Todo eso son leyendas.

DIEGO. Entonces ¿para qué viene usted á arrodillarse ante su peana?

EL ALCALDE. ¡Bárbaro! Porque hay que vivir con todo el mundo y mucho más cuando se tiene la vara de Alcalde.

EL tío TODO. Entremos, que han dado el tercer toque. Al fin y al cabo, todo es... ya me entienden ustedes.

■■■■■■■■■■

## VII

### PARA SALTARLO QUIEN QUISIERE

Lector: ¿tienes fe en las leyendas?

Si así fuere, vivirás con los dioses cómo Homero y con los caudillos como Ossian; recorrerás los espacios con Verne y de Wells y las selvas con Ruskin; subirás á los campanarios con Hugo y Dickens y rozarás la superficie del lago con Scott y el autor de los Niebelungos. Cuando todos se muestren ignorantes, tú leerás en las piedras de los templos, descifrarás el polvo de las ruinas, interpretarás el rumor de los bosques, y verás claro en el enigma del espacio infinito. Todo será para ti consuelo y dulzura; porque la verdad es un sol que, conforme avanzamos en la vida, va desvaneciendo las sombras y multiplicando las desilusiones.

¿No fías en consejas? Entonces serás más inteligente, más humano. Habrás perdido, según

expresión de un orador ilustre, la virginidad de la fe para adquirir la maternidad de la razón. Para tí no tendrá nieblas el pasado, ni el porvenir brumas. Habrás realizado, de una vez para todas, tu función de hombre, y sentirás sobre tu corazón un incomparable y raudo aleteo que no será sino el vuelo de la inteligencia emancipada sobre los secos yermos de la vulgaridad y de la rutina.

Lo peor que pudiera ocurrirte es no sentir la grandeza de la leyenda ni la excelsitud augusta de la razón; haber perdido á la vez la reflexión y el instinto; verte desamparado á un tiempo mismo de la ciencia y la poesía. Dudando igualmente de lo que fué y de lo que será, cuando todo esté mudo, no hallarás en tu corazón un acorde; cuando te sientas sumergido en tinieblas, no podrás encender en tu frente una luz. Una sonrisa vaga, desengañada, asomará á tus labios. Como el viejo doctor alemán, tendrás siempre á tu lado una mefistofélica sombra y te hallarás escéptico y abatido en el laboratorio y en el templo, en Walpurgis y en Heidelberg, en el jardín de Margarita y en los exuberantes pórticos del templo corintio de la Helena clásica.

Y, si tuvieras que fingir á un tiempo mismo credulidad y análisis, aparentar la fe destruída, como la ciencia no alcanzada; si hubieras de esconder con el velo de la conveniencia social todos los crisoles que en tu corazón hay sin oro, todas

las aras que en tu frente hay vacías, tu tormento sería incomparable. Serás tan extranjero en la aristocrática Europa como en la América miliaria; cabe las ruinas de Jerusalén ó de Tebas como en los paraninfos de Weimar ó de la Sorbona. En contradicción permanente tu pensamiento con tus palabras, sentirás sin cesar el dejo amargo de quien rinde culto á la hipocresía, reverencia al disimulo, pleitesía á los convenios tácitos. En fuerza de alimentar y esconder tu duda, acabará por ser un ogro fiero y ventripotente que te devorará las entrañas.

Afortunadamente, te supongo libre de compromisos, exento de preeminencias que te esclavicen y honores que te aferren como á un Prometeo de la verdad. Así, puedes elegir entre el cielo y la tierra, entre el azul crepúsculo de lo que fué y el alba rosada de lo que será, á menos que tu corazón sea tan grande y tu inteligencia tan poderosa que lo ames todo y sepas encontrar en los grandes errores el germen maravilloso y vivificador de las grandes verdades.

Es hermoso recoger en los campos mismos de Farsalia la piedra enrojecida por el ardor de las legiones, sin perjuicio de buscar luego en sus moléculas la composición del cinabrio. Es bello ver surcar el espacio el rayo de Júpiter y sentir toda la grandeza y excelsitud del Empíreo pagano, sin dejar por eso de calcular, si es preciso, el número

de voltios. Es consolador llorar esas leyendas que se acaban, en sentir del Alcalde de Torreparda, y extasiarse después ante los problemas que, á juicio del mismo funcionario, son impíos. Hay que sentirlo todo, amarlo todo, hacerse artista y pensador y, primordialmente, veraz, para merecer la ciudadanía de un mundo que, concretándose en realidades abajo, se desvanece arriba en idealidades supremas.

Y entonces, solamente entonces, es cuando se comprende toda la inanidad del egoísmo humano y se experimenta el noble, el generoso, el incomparable placer de vivir.

■■■■■■■■■■

## VIII

### SACRIFICIOS

Modesta, pero no sin cierta severidad y gallardía, es la iglesia de Torreparda. Flanquean la puerta cuatro pareadas columnas, así como la ventana colocada encima, á cuyos lados aparecen cobijadas bajo doseletes las imágenes de Nuestra Señora y San Bonifacio, patrón de la aldehuela. Forma el remate una á modo de galería de cuatro ojivas orladas de cordones concéntricos y termina todo en una ancha espadaña triangular que tiene en medio otra ojiva con un escudo en su vértice en el cual aparece sola esta inscripción: *Ave Maria, gratia plena*. A los dos lados y hasta la mitad de la altura del frontispicio de piedra calcárea, se elevan dos á modo de murallones que no son sino cuerpos de edificio provistos de recios contrafuertes y de una ojiva cada uno. Por fin, encima de uno de estos dos cuerpos se alza la torre, del

mismo orden, pero terminada en un remate desgraciadísimo de pizarra y coronada por una cruz.

No responde la iglesia en su interior á lo que la fachada enfática ofrece. Una nave en forma de cruz latina, blanqueada en toda su extensión y enlosada de piedra, sobre la cual se ven no pocas lápidas sepulcrales, y, señaladas en la pared, algunas columnas, cuyos capiteles llevan sencillas volutas por único adorno. En frente, aparece el retablo churrigueresco y tallado primorosamente en roble con la imagen de la Virgen y el tabernáculo. La iglesia es pobre, pero alegre y limpia y, por dos anchos ventanales, se refleja la luz que hierre los ramajes cercanos al atrio y penetra en el templo con un risueño verdegay.

La misa ha comenzado, y César, revestido, recita con voz susurrante el gradual. Hay algo en toda su figura de fervoroso, de sublime si se quiere. Todo ante el altar lo ha olvidado y al volverse para abrir sus manos frente al pueblo, ni siquiera ha visto á Octavia que arrodillada y vestida de negro semeja, con la cabeza inclinada, una penitente contrita.

Parecía rezar, abstraerse del mundo, y lo que hacía era sentirse cada vez más humana, más mujer, por decirlo así. Aspiraba con delicia los efluvios del monte que penetraban en el templo impregnados de aromas de zarzarrosas, de englantinas, de saúcos, de romero y de salvia meli-

flua. Miraba luego cómo azuleaba el incienso y subía en nubes algodónáceas para deshacerse en volutas suavísimas. Su corazón estaba lejos, muy lejos del sacrificio.

Ella hubiera querido ser santa, pero se sentía mujer y mujer enamorada, mas con enamoramiento invencible, satánico. Le parecía que todo cuanto se interponía entre ella y el ser amado era odioso, digno de ser exterminado y raído de la haz de la tierra. Y el hombre á quien amaba, aquel por quien hubiera dado toda su vida, estaba allí, ante el altar de Dios, revestido de sus ropas sacerdotales, olvidado de todo, pensando sólo en la Divinidad, sintiendo la nostalgia de otra vida en que no podría encontrarle, porque se sentía cada vez más culpada y más tentada de sacrilegio.

Conforme César había ido huyendo de su lado, ella había sentido encenderse más y más su pasión. No se explicaba cómo aquel hombre de pasiones violentas, que la había amado con frenesí, á quien suponía capaz de todos los extravíos y aun de todos los crímenes, una vez puesto en su presencia, había conseguido dominarse, y en la lucha entre su amor y su fervor religioso, dar á éste el triunfo. Sin duda le ayudaba en tan terrible empresa alguna fuerza sobrenatural. Y ella misma quería imitarle, pero ¡ay! no podía. Aquel sacrificio que presenciaba le parecía inhumano, y se preguntaba con qué razón Dios, que le daba

aquella pasión funesta, le impedía satisfacerla obligándola á una resignación sin fruto y á un sacrificio estéril.

Luego volvía la cabeza y veía á la mujer de Juanillo, rodeada de chicuelos de todos tamaños, sonrientes con sus carrillazos de albérchigo, y sentía como un pesar hondo que no era sino envidia. ¿Por qué aquella mujer había de tener tantos hijos, tantos seres por quienes velar, á quien estrechar en sus brazos, y ella había de verse privada de los amores más santos y de los sentimientos más nobles? Allí mismo, sobre el altar, se veía á la Redentora, con su niño sonrosado sobre las rodillas. Ella sola, Octavia, estaba privada de tal consuelo y su naturaleza se rebelaba. Se rebelaba, sí; sentía que en sus mismas entrañas resonaba el grito de su protesta.

Volvióse nuevamente César, después del Evangelio, y entonces la vió. Una palidez lívida corrió por su semblante y se estremeció de pies á cabeza. Tornó hacia el altar y al arrodillarse permaneció inmóvil largo rato con la frente apoyada en el borde del ara. Después se levantó y siguió su rezo monótono, con voz doliente, pero firme.

Octavia sintió también una gran sacudida y luego una sensación de consuelo. ¡Todavía la amaba! Hubiera querido hablarle siquiera una vez, para decirle que toda aquella lucha era inútil, que era preciso sacrificarlo todo, dioses y creen-

cias, leyes y convenciones, vínculos y promesas, y huir, huir, donde pudieran crearse otro mundo, donde nada les impidiera adorarse, ser el uno del otro y realizar su fin en la tierra.

Comprendía que tal propósito era criminal. Sabía muy bien á lo que se exponía, conocía el carácter de Enrique, la posibilidad de que llegara á enterarse de cuanto en su alma ocurría. Pero estaba decidida á todo. ¿Por qué había vuelto César? ¿Por qué se había cruzado nuevamente en su camino, cuando ella parecía dispuesta á olvidarle? ¿Por qué en fin había cedido á la seducción aquella noche en el jardín? Había arrojado leña al fuego, y ese fuego era ahora inextinguible y debía acabar por devorarlos. No. Ahora no podía ser de Dios ni de otra mujer; ahora tenía que ser suyo, sólo suyo. Ningún decreto divino ni humano podría impedirlo.

Y la infeliz, llevada de su ardiente locura, no se daba cuenta de que hablaba á lo mejor en voz alta, que tendía los brazos á César y que no pocos fieles la contemplaban con estupor. Había en el pueblo sospechas, indicios y aun verdaderas y concretas acusaciones. Aquello corroboraba todo y empezó á correr por la iglesia un sordo rumor. Entonces recordó haberle nombrado en voz alta y se repuso. Abrió su libro de oraciones y se puso á leer.

Hubo de dejarlo. El sol entraba en la iglesia



por una alta vidriera listada y derramaba sobre la losa de un sepulcro sus tonos gayos. Un aire embalsamado entraba también y parecía recordar jardines cubiertos de gladiolos, orquídeas y acianos, de tréboles rosa y lujuriantes y encendidos claveles. Los pájaros cantaban; se escuchaba su trino y parecía que la naturaleza entera gritaba que ella también era santa y sublime y grande y que, fuera de aquel lugar mezquino y obscuro, ella también tenía su templo.

Pasó el *sanctus* y las campanas vibraron con sonidos graves é isócronos. Todo el mundo se puso de rodillas. Luego vino el *Agnus*. Después ocurrió un incidente que debió tener luego gran resonancia.

Al pasar el sacerdote de un lado á otro del altar con las manos juntas, se vió claramente que vacilaba. Abrió las manos y vaciló de nuevo como quien es atacado de un fuerte desmayo. El acólito le sostuvo y él mismo apoyóse en el altar para no caer. Los ayunos, las penitencias le tenían prostrado y débil. Además, en las luchas de dioses, sacan los mismos ángeles rotas las alas y en las que sostienen el espíritu con el cuerpo, hasta cuando sale vencedor, muestra heridas profundas. César era vencedor de sí mismo, vencedor heroico. En fuerza de luchar, había dejado de ser hombre para ser sólo sacerdote. Pero su cuerpo desfallecía. Hubo un momento en que cerró los ojos y pareció á todos que iba á caer.

Entonces fué cuando Octavia dió un grito ahogado, levantóse y avanzó hacia el altar. Luego, confusa, avergonzada de sí misma, retrocedió. Pero todos cuantos estaban en la iglesia vieron su angustia y su sobresalto.

Repúsose César y continuó el sacrificio. No había visto sin duda la imprudencia de la infeliz. Por grande que fuera la maledicencia en Torreparda, por hondas que fueran las raíces que pudiera echar allí la calumnia, era materialmente imposible que ninguno, ni aun el más osado, pudiera dudar de la virtud de aquel asceta, de aquel verdadero mártir, que llevaba en su rostro impresas las huellas del sacrificio, y que en las más violentas luchas con la carne, sabía rendir á la Fe su propia vida en holocausto.

Octavia vió todo lo que pasaba en el corazón del cura; midió toda su grandeza y se asustó de su pequeñez propia. Comprendió también que estaba perdida, que su movimiento inconsciente la había denunciado y que por todo el pueblo correría como la llama por un reguero de pólvora la nueva de su pasión por César. ¿Qué le importaba? Aquella pasión no era correspondida. Lo vería también todo el mundo. Ella sola era la culpable. Si Enrique se enteraba, mejor. Así la mataría, porque lo haría de seguro y podría al fin descansar de los tormentos de una pasión sin esperanza y de los desabrimientos crueles de una vida infecunda.

Terminó el sacrificio. César retiróse con la cabeza baja y rezando. Todo el mundo se levantó. Pero, antes de que nadie iniciara la retirada, un suceso inaudito vino á llenar á todos de sorpresa y asombro.

Adelantóse Nicasio hasta las gradas del altar con el rostro descompuesto completamente; subió al tablado y, volviéndose al pueblo, dijo con voz poderosa y clara:

— Sépalo todo el mundo para descargo de mi conciencia. Salustiana y yo somos los que hemos herido á don Enrique. Nila es inocente.

■■■■■■■■■■

## IX

## QUIJANO EL BUENO

Aquella tarde, Nicanor, cuidadosamente vestido, pulcro, lleno de alegría que se reflejaba en sus ojazos negros, saltando como un pinzón al salir la aurora, llamó fuertemente á la puerta del señor cura.

Abrióle el mismo César. Desde que Nila había huído al monte, vivía completamente solo. Había dado sus ropas de cama y mesa á los pobres y dormía sobre un tablado. No necesitaba encender el hogar, porque se alimentaba solamente de pan y frutas.

Al entrar, Nicanor no pudo reprimir un movimiento de sorpresa, viendo la extrema pobreza del ajuar y la escasez de lo más necesario. Sonrió débilmente César, y haciéndole sentar, le dijo con voz afable:

— ¡Hola! ¿Qué te trae por aquí, buen corazón?